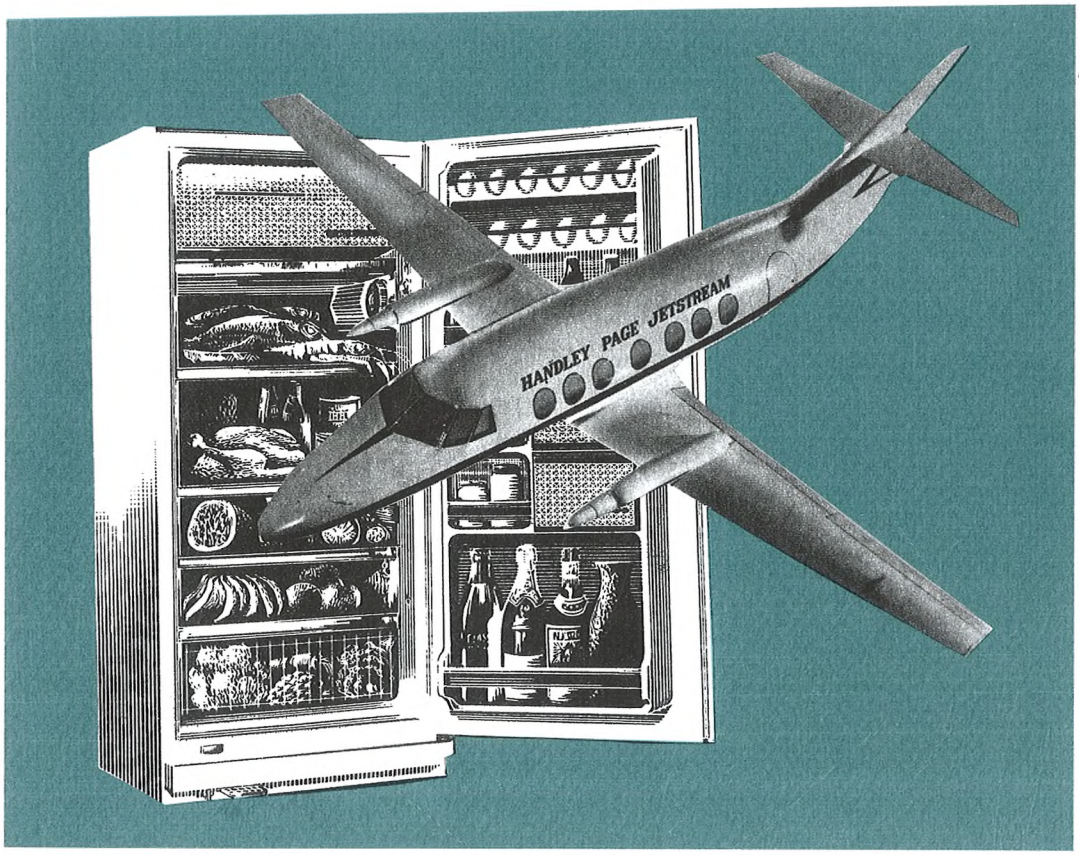
Neruda y Hortelano

(Carta a Santos Sanz Villanueva)

Antonio Ferres



Querido Santos:

Conocí a Juan García Hortelano en los años 50 en el Ateneo de Madrid donde yo era socio transeúnte, y creo que Juan también lo era. Poco antes de caer enfermo en el año 88 Juan me citó en

J. Gª Hortelano con Fernando Ávalos, Antonio Ferres y Armando López Salinas en noviembre de 1961 (foto de Pepillo)

un café de Cuatro Caminos y me mostró un ejemplar de la *Revista de Occidente*. Aparecía un artículo firmado por él, en el cual aseguraba que casi todas las personas importantes que había conocido se las habíamos presentado Ángel González o yo. Es cierto que como Hortelano conocía menos falangistas joseantonianos que yo, le presenté a Carlos Vélez y a otros directivos de la revista *Acento Cultural* donde al fin Juan publicó algún relato. Y también es verdad que cuando Carlos Barral y Castellet llegaron a Madrid para fichar a la gente de acá, tales como Juan Eduardo Zúñiga (al que publicaron *El coral y las aguas* en la colección Biblioteca Breve de Seix Barral) y también para enrolar a todos los desertores de la Editorial Destino, como López Pacheco, López Salinas, Grosso y un servidor, presentamos encantados a García Hortelano a los de Barcelona...Pero lo que más quería sin duda agradecerme Juan era que, por uno de esos azares de la clandestinidad, le

presenté a María, una camarada que luego iba a ser su mujer y madre de Sofía. Aunque pienso –amigo Santos- que no debe ir este recuerdo de nuestro Juan García Hortelano por íntimos caminos, sino por la sorprendente vida entre escritores…

Resulta que creo fue el año 60, cuando Juan y yo hubimos de viajar a Paris llamados por el Partido. Pese a que salimos de España con pasaporte legal franquista y con nuestros nombres y apellidos verdaderos, ya en la capital francesa pasamos a tener otras personalidades y nombres. Recuerdo que yo me llamaba Eugenio, y no recuerdo cual era el nuevo nombre de Hortelano. Al fin, nos pusimos en manos del camarada Antonio Mije, miembro el Comité Central y que se encargaba de asuntos relacionados con Radio España Independiente, emisora en la que Hortelano y yo colaborábamos. Era Antonio Mije García todo un personaje: sevillano, elegante, vital y simpático, asiduo de los mejores cafés, salones de té, y restaurantes de París.

Nos invitaba a Juan y a mí, que le seguíamos divertidos y pobres. Y solía contarnos sus antiguas batallas no de la guerra civil sino de cuando andaba a tiros con los pistoleros de la patronal. Entre nosotros le llamábamos "El Copón", porque en cualquier momento, ante cualquier asunto sorprendente de la vida, el camarada Mije exclamaba:"Esto es el Copón" "El Copón" "¡El Copón Divino!".

Se le veía contento y nervioso. Aunque provenía del anarquismo sevillano, era comunista, casi desde la fundación del Partido, y sentía gran admiración por los escritores. Un día nos dijo que los tres estábamos invitados a comer en casa del gran poeta chileno Pablo Neruda.

-Ya veréis. Es en la casa que tiene en París el camarada Neruda- añadió.

Llegamos, como estaba previsto, a un lujoso edificio en el centro de la ciudad, cerca del Sena. Y en la planta noble, en un gran comedor en penumbra nos aguardaba Pablo Neruda flanqueado por dos camaradas españoles, uno de los cuales creo recordar era Fernando Claudín, aunque lo cierto es que apenas les hicimos caso, entretenidos como estábamos con la acogida y estrechones de mano de Neruda.

Mije sólo había dicho, en voz alta:

-Pablo sabe que sois dos camaradas intelectuales del interior.

Durante la comida, que servían dos muchachas muy jóvenes, Neruda comenzó hablando de la alegría que daba saber que en España no se había perdido todo, y siguió doliéndose del trágico final de Miguel Hernández.

-No sólo es esa ciudad levítica de Orihuela y esos curas feroces, tampoco movieron ni un dedo los intelectuales que quedaron allá- insistió.

Se notaba el cariño con que se refería al poeta amigo. Hortelano recordó a Antonio Machado, Lorca, y Miguel, los tres poetas muertos, borrados por el fascismo. Y yo creo que hablé más o menos de lo mismo. Pero Pablo Neruda siempre recaía en su recuerdo y en su indignación por la prisión y muerte en la cárcel de Miguel...En algún momento pedimos a Neruda, que leyera algún poema, y creo que de memoria recitó dos o tres del *Canto general*. Y así iba a terminar la velada. Todos ya en la puerta, en el rellano de la amplia y gran escalera.

Fue en ese instante cuando Pablo Neruda, que no es que fuese viejo, pero que poseía un cuerpo grande y andaba igual que hablaba con cierta lentitud y suave cadencia, tropezó, y se agarró al pasamanos.

Hortelano, que marchaba a su lado, acudió a sujetarle por el brazo. Y no pudo conseguirlo, porque Pablo Neruda, se alzó firme, y gritó.

-¡Nooo!

Nada más ocurrió. Mije, Juan y yo íbamos camino de algún salón donde el sevillano nos contaría sus guerras contra la patronal, y Neruda iría con los camaradas hacía Dios sabía dónde. Pero para siempre iba a quedar en la memoria esa imagen de Juan, con su bondad joven en la cara, al lado de la figura erguida de Neruda...A lo mejor, Mije pensó: "Es el Copón Divino". Aunque no sé, claro.

Abrazos